

# ¿Cuarto propio o diseminación? Los programas de estudios de género desde la experiencia ecuatoriana

*Gioconda Herrera*  
Flacso, Ecuador

**E**n el marco de la puesta en marcha del programa de estudios de género en Flacso-Ecuador (1999), se me encargó la realización de un texto que hiciera un balance sobre los estudios de género en el país. En dicho texto, hice un primer esbozo de lo que constituían los campos de conocimiento en torno al género en el país, la manera en que éstos condicionaban el tipo de análisis que se producía sobre las desigualdades de género y las tensiones que en ese entonces ubicaba en torno a la relación entre el movimiento de mujeres y el Estado, las agencias de desarrollo y tensiones dadas también respecto a los otros campos del saber dentro de las ciencias sociales. Por último, presenté algunos desafíos relacionados con la naturaleza misma de este campo de estudios: su carácter interdisciplinario, su posición comprometida con la acción política y la intervención social, los dilemas en torno a la universalidad y las diferencias<sup>28</sup>.

En esta ponencia me gustaría retomar dichos retos iniciales y evaluar

---

<sup>28</sup> El estudio fue publicado en el año 2001 con el nombre de “Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento”, y es parte de la *Antología de estudios de género*. Quito: Flacso-Ildis, 2001.

su pertinencia luego de seis años de intentos de institucionalización y de conformación de un espacio de formación y producción de conocimientos. A la luz de la experiencia, más que una modificación de los retos planteados al inicio, me parece necesario insistir en una reflexión sobre las condiciones sociales que posibilitan la producción de conocimientos de género, y cómo estas condiciones nos colocan en un espacio específico dentro de las ciencias sociales y en la producción de conocimiento para la acción directa. Empezaré enunciando las tensiones señaladas en ese entonces y su vigencia en el momento actual; luego pasaré brevemente a delimitar el contexto en el cual se da el proceso de institucionalización en los programas de estudios de género en Ecuador. Finalmente expondré algunos de los nuevos retos a los que se enfrenta la consolidación de un campo de saberes en torno al género en Ecuador y el resto de América Latina.

Sostengo que las condiciones sociales y políticas de mediados de la década del noventa, que posibilitaron la creación de áreas especializadas en las universidades ecuatorianas, otorgaron una marca de nacimiento a los programas de estudios de género distinta de aquella con que surgieron los otros programas en América Latina. En estas condiciones de existencia podemos identificar algunas limitaciones o hallar también potencialidades en la producción de un espacio feminista que alimente los debates sobre las diversas formas de desigualdad que caracterizan a la región.

Ahora estamos, sin embargo, en otro momento en que la institucionalización de género, tanto en las políticas como en la academia, ha dejado de ser vista como la panacea, y más bien algunas de las consecuencias de dichos procesos están siendo cuestionadas. Por un lado, como lo plantea Álvarez (1999), se han levantado críticas desde ciertos sectores del feminismo respecto a los efectos de despolitización e instrumentalización que puede tener la aplicación de políticas de género en ciertos espacios institucionales. Por otro lado, para autores como Rebolledo (1999) o León (2004), en ámbitos académicos también se ha puesto en duda la eficacia de la formación e investigación de género para influir en otros debates y otras disciplinas desde la interdisciplinariedad. Si bien los estudios de género han alcanzado mayor legitimidad de lo que tenían hace una década, este nuevo contexto crítico, dentro y fuera del feminismo, nos obliga a repensar los desafíos inicialmente planteados, a revisar las estrategias de institucionalización emprendidas y a examinar la pertinencia del *cuarto propio* frente a otras opciones.

## PUNTOS DE PARTIDA: EL BALANCE DE LOS AÑOS NOVENTA

¿Cuáles eran los campos de producción de saberes sobre las relaciones de género en la década del noventa? ¿Desde qué espacios se pensaban las desigualdades entre los géneros? ¿Cómo se construían los sujetos de estudio? ¿Qué relaciones se establecían entre investigadores/as y activistas? Éstas fueron las preguntas que guiaron nuestras reflexiones iniciales.

En la década del noventa se podía hablar básicamente de tres fuentes de conocimientos sobre el género en Ecuador. Cada una de estas fuentes conformaba un campo de saberes relativamente aislado que privilegiaba determinados temas, actores y perspectivas de análisis en función de sus intereses y objetivos. Éstas eran:

- Las investigaciones realizadas en universidades europeas y norteamericanas.
- Los estudios provenientes de la investigación aplicada, que fueron los más numerosos en el país y elaborados generalmente en ONG y fundaciones cuyas actividades giran en torno a la defensa de los derechos humanos de las mujeres.
- Las investigaciones producidas en instituciones académicas nacionales, muy escasas debido principalmente a la casi inexistente institucionalización de los estudios de género en las universidades ecuatorianas.

Se argumentó que el género adquiriría significados y matices distintos según el campo donde se producían conocimientos; luego se dijo que había poca comunicación entre estos tres campos y, por último, que éste era uno de los factores que restringía la legitimidad del área de estudios de género dentro de las ciencias sociales ecuatorianas. La creación de un espacio institucional para la producción y formación en género podía servir precisamente de punto de encuentro entre estas tres vertientes, y permitiría mayor reconocimiento para los estudios de género, además de generar capacidades propias para sostener investigaciones más sistemáticas.

En efecto, las investigaciones realizadas en universidades extranjeras representaban un cúmulo de conocimientos no siempre conocido ni difundido en el país, a diferencia de otros países de América Latina donde el

movimiento de mujeres tanto de clase media –alrededor de la defensa de los derechos humanos– como de los sectores populares –en torno a las estrategias urbanas de reproducción– habían sido motivo de extensos estudios. Para el caso ecuatoriano, se había prestado muy poca atención a estos grupos y sus vínculos con el movimiento feminista latinoamericano.

Los estudios de género en este campo de producción externa se mantenían más bien alejados de las dinámicas sociales y políticas, dentro del movimiento de mujeres y del país. Estas investigaciones se enmarcaban en un debate más amplio sobre la articulación de género y etnicidad como dos dimensiones fundamentales para entender las condiciones de las mujeres en la región; es decir, se enmarcaban en el debate sobre feminismos y diferencias. Ecuador se constituyó en un espacio de investigación de las relaciones de género en tanto ofrecía la posibilidad de estudiarlas junto a la etnicidad, entendida fundamentalmente como una dimensión de análisis que recupere elementos de las culturas indígenas y no necesariamente de toda la diversidad étnica del país. Este debate, fundamental para una redefinición del sujeto del feminismo en la región, no permeaba las reflexiones del movimiento de mujeres urbano y de clase media. Esta distancia tenía implicaciones políticas e influía en la agenda de investigación propuesta desde los movimientos de mujeres. De allí la necesidad de un espacio académico local que canalice estos conocimientos, los vincule con discusiones más amplias y se plantee nuevas preguntas.

El campo de la producción de saberes desde las ONG, el Estado y las agencias de desarrollo partía de la constatación de que la subordinación de las mujeres había sido motivo de acciones sostenidas durante toda la década, con valiosos logros en términos legislativos, normativos, y de la creación de cierta institucionalidad importante dentro del Estado, pero que las acciones y demandas planteadas por las distintas agrupaciones de mujeres organizadas no siempre habían estado acompañadas de reflexiones sostenidas por parte de las ciencias sociales. De alguna manera la acción había rebasado la reflexión. El conocimiento y la investigación sobre este proceso de irrupción de las demandas de las mujeres eran muy débiles, y estaban enmarcados en la tensión entre la necesidad de visibilización y legitimación hacia afuera y la producción de investigaciones críticas y autocríticas sobre el mismo proceso. Si bien éste había sido el campo de mayor producción de estudios, al igual que en el resto de América Latina en donde éstos surgen en espacios extra-académicos y vinculados más bien al movimiento de mujeres, no

siempre tenían el aliento (o los fondos suficientes) para realizar trabajos de larga duración. El tipo de objetivos que se proponían estaban siempre muy relacionados con acciones inmediatas, el diseño de estrategias o determinadas políticas o programas que no siempre podían articularse con reflexiones más sistemáticas<sup>29</sup>.

Se planteaba entonces como segundo desafío del programa de estudios de género la idea de poder convertirse en el espacio de reflexión y autocrítica del proceso encaminado por las organizaciones de mujeres en esa etapa de mayor interlocución con el Estado, ya que las ONG o las agencias internacionales, por su propia lógica de funcionamiento, no necesariamente lo podían hacer. Además existía una escasa capacidad de negociación por parte de las ONG y las consultoras nacionales para establecer desde sus propias necesidades una agenda de investigación con las agencias de desarrollo. El contar con un espacio de discusión y de debate más sistemático podía ser un instrumento de fortalecimiento para la interlocución con el Estado y con el mundo del desarrollo en general. Este segundo desafío sigue muy vigente hoy en día.

Por último, a pesar de su fragilidad y dispersión, se identificó un tercer campo de producción de saberes que correspondía a aquellas investigaciones realizadas en el marco de programas universitarios que se había desarrollado sobre todo en el ámbito de la historia y los estudios rurales. Se trataba de visibilizar la existencia de estos espacios relativamente autónomos de conocimientos que eran producto prácticamente de voluntades individuales, sin ningún tipo de institucionalización. El desafío en este campo era alcanzar niveles de institucionalización que permitieran la realización de este tipo de investigaciones, no necesariamente apegadas a las demandas del desarrollo. El fortalecimiento de un área de estudios históricos y culturales, en el caso ecuatoriano, se presenta tal vez como el mayor desafío para los estudios de género. Esto permite tener una mirada de proceso y de largo aliento que resulta enriquecedora no sólo en términos de recuperación de memoria, sino también esclarecedora a la hora de analizar nuestros puntos de llegada, nuestros logros y limitaciones.

Un último desafío era la necesidad de legitimar a los estudios de género en las ciencias sociales, pues se reconocía su carácter marginal. La recepción del feminismo en Ecuador se había caracterizado por ser un

<sup>29</sup> Teresa Valdés plantea el mismo problema en el caso del Cono Sur (2004).

proceso aislado y extra-académico, que presentaba mayor interés para la acción que para la investigación. Mientras la discriminación de género se empezaba a debatir en el ámbito de la opinión pública y se alcanzaban cambios importantes en el terreno de los derechos formales, la reflexión académica luchaba por su legitimidad y por no “guettoizarse” frente al resto de campos de estudio<sup>30</sup>. El género como categoría de análisis había recorrido un camino más lento que su contraparte militante. Se presumía que la institucionalización de los estudios de género iba a contrarrestar la mayoría de estos dilemas.

En definitiva, muchos de los desafíos planteados a nivel académico se correspondían con los procesos más generales de institucionalización de programas de género a nivel del Estado y de otras organizaciones sociales. Se trataba de brindar mayor legitimidad a los temas de discriminación de género en todos los ámbitos de formulación de políticas, y por este medio, de incrementar la capacidad de negociación de agendas propias que permitieran acciones más coherentes. Pero, ¿cómo se traducían estos objetivos políticos en la producción de conocimientos?

## TENSIONES EN LOS ESTUDIOS DE GÉNERO

En términos de la producción de conocimientos se perfilaron tres tensiones: la primera se refiere al dilema entre interdisciplinariedad *versus* una tradición de formación e investigación disciplinaria más compartimentalizada; la segunda tiene que ver con la tensión entre conocimiento y reconocimiento, y la tercera, con la articulación entre universalismo y diferencia.

En cuanto al carácter interdisciplinario de los estudios de género, la adopción de marcos conceptuales y metodológicos provenientes de varias disciplinas sociales coloca a los estudios de género en la frontera de las disciplinas sociales<sup>31</sup>. Puesto que las asimetrías de género atraviesan todos los espacios sociales, incluso aquellos donde se produce conocimiento, la búsqueda de la interdisciplinariedad era concebida como

<sup>30</sup> Los avances de la Constitución de 1998 en términos de los derechos de las mujeres son muy importantes (Rosero, Vela y Reyes, 2001).

<sup>31</sup> Para una reflexión sobre el dilema de la interdisciplinariedad en los estudios de género, ver los trabajos de Loreto Rebolledo y Katya Araújo en las memorias del Encuentro de Programas de género de las universidades de América Latina y el Caribe (S. Montecino y A. Obach, 1998).

una estrategia que contribuía a develar este carácter de omnipresencia en las desigualdades de género. Sin embargo, la investigación –y sobre todo la formación interdisciplinaria– no siempre viene a complementar procesos consolidados de formación disciplinaria o se enfrenta a estructuras compartimentalizadas que difícilmente pueden acomodarse a una perspectiva interdisciplinaria. Esto ha sido señalado especialmente en el caso de las ciencias exactas como la biología (Vega, Cuvi, Martínez, 2001), pero también está presente en las ciencias sociales.

La experiencia en docencia nos ha enseñado al respecto que algunas veces es necesario primero sentar bases fundamentales sobre determinados conocimientos generales, antes de empezar a trabajar con nociones de género y feminismo; de lo contrario, la interdisciplinariedad corre el riesgo de convertirse en una serie de entradas de análisis poco articuladas entre sí, que no terminan de desarrollar los potenciales analíticos de los conceptos y de las herramientas que se busca transmitir. Así, la apuesta por la interdisciplinariedad no siempre produce resultados positivos, sino que puede también significar una simplificación o fragmentación de una problemática e impedir contar con las herramientas necesarias para debatir paradigmas dentro de las disciplinas<sup>32</sup>. En ese sentido, si bien la interdisciplinariedad significó en su momento el reconocer y legitimar la necesidad de un abordaje plural, múltiple y desde distintas facetas a la problemática de las desigualdades de género, también es preciso empezar a trabajar *dentro* de las disciplinas para transformarlas. El tipo de institucionalización que han adoptado los programas de género favorece más bien la interdisciplinariedad, pero no necesariamente ofrece un espacio para el trabajo dentro de las disciplinas. De allí la necesidad de repensar el *cuarto propio*.

En cuanto al segundo aspecto, la tensión entre conocimiento y reconocimiento o las fronteras entre discurso académico y normativo han permanecido difusas. Gran parte de las investigaciones realizadas siguen estando marcadas por este objetivo de visibilización y de reconocimien-

<sup>32</sup> Este tipo de dilemas tiene connotaciones bastante prácticas al momento de confrontarlas con la docencia. La experiencia nos ha enseñado que una maestría en Estudios de género no tiene por qué cambiarle el oficio a la persona. Una abogada seguirá siendo abogada, una ingeniera agrónoma también, y lo mismo una antropóloga. Las perspectivas de análisis que la formación en género le puede traer a estas personas no las cambia de “disciplina” sino que más bien debe contribuir a ampliar su campo de análisis dentro de su propia disciplina.

to; esto ha impedido en parte el desarrollo de perspectivas feministas en otros campos o disciplinas y la formulación de preguntas que vayan más allá de la legitimación hacia la redefinición misma de las problemáticas generales desde una perspectiva de género. Hemos aprendido a ubicar con relativa facilidad las brechas de género existentes en diversos campos; también nos hemos ejercitado en analizar la especificidad de las mujeres. Algo se ha avanzado en términos de autorreflexión sobre los procesos políticos específicos de las mujeres relacionados con la adopción de políticas de género a nivel local o nacional y que son relativos al movimiento de mujeres<sup>33</sup>. Todavía nos falta avanzar en cómo definimos problemas generales relacionados con el proceso político, la democracia, la globalización, la nación, y otros más, con una perspectiva que vaya más allá del reclamo por la presencia de las mujeres en estos análisis.

Por último, y derivado de todo lo anterior, permanece el reto –iniciado de alguna manera con la discusión sobre género y etnicidad– de cómo abordar la diversidad en los estudios de género. La articulación de diversas dimensiones de la desigualdad social, como la clase, la etnicidad, la edad, la región u otras, no siempre es satisfactoria en el análisis. De otro lado, la relación entre género y diferencia ha sido trabajada en espacios todavía muy reducidos.

Es necesario además entrar con mucha mayor determinación en el tratamiento de la diferencia desde la perspectiva de las diversidades sexuales. En este tema, al igual que en la década anterior, la acción ha rebasado la reflexión. Mientras hemos visto la eclosión en los últimos años en el país de diversas agrupaciones en defensa de los derechos de las minorías sexuales, son muy pocos los estudios sobre diversidad sexual que se han realizado, y escasos los espacios de debate sobre el tema. Es decir, el dilucidar cómo lograr la articulación de las diferencias en los análisis de género sigue siendo un desafío muy importante para los estudios de género en el país. Es más, la diferencia ocupa los discursos políticos de las diversas vertientes del movimiento de mujeres, y sin embargo tampoco ha llegado a plasmarse en agendas concretas, y lo mismo parece suceder en el ámbito académico; si bien manejamos un discurso muy alerta a las diferencias, esto no se plasma necesariamente en agendas de investigación que aborden sistemáticamente su significación.

<sup>33</sup> Esto se refleja en el Programa de Género de Flacso, en los temas seleccionados por las estudiantes para sus tesis de maestría.



En definitiva, las apuestas hechas al programa de género fueron y son enormes. Muchas de ellas no sólo siguen vigentes sino que son parte de un proceso de institucionalización y consolidación de más largo aliento. No obstante, además de los temas y las estrategias pendientes, se precisa reflexionar también sobre las condiciones que posibilitaron el surgimiento de los programas de género. En efecto, la creación de programas de género en diversas universidades del país y de la región andina en general se enmarcó en este proceso más global de institucionalización de políticas de género que se produjo a finales de la década del noventa en toda América Latina. Muchos de estos programas respondían a los vientos de institucionalización de finales de la década, y estaban también limitados por éstos.

#### LOS PROGRAMAS DE GÉNERO Y LOS PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN

A diferencia de otros países de América Latina, y sobre todo de Norteamérica, en Ecuador el Programa de Género de Flacso y luego los programas de género de las universidades estatales de Quito y Cuenca no surgen con el movimiento de mujeres, como en el caso de los programas más antiguos del resto de la región como Brasil o México (Bonder, 1995), ni tampoco emergen paralelos al auge de las ONG feministas que se desarrollan en la década del ochenta en el país<sup>34</sup>. Su nacimiento se da más bien en el momento en que se plantea el giro de las acciones feministas hacia el Estado y el desarrollo de políticas públicas, aunque, sin duda, en unos casos más que en otros tuvieron el apoyo de las organizaciones de mujeres.

Así, en cuanto a la orientación de la oferta académica, los programas en su totalidad se concentran inicialmente en temas relacionados con el desarrollo y las políticas públicas, y muy poco se hace en torno a temas relativos al movimiento feminista, la historia o la cultura como campos de disputa sobre significados importantes para las relaciones de género. Flacso-Ecuador, por ejemplo, arranca con un diplomado en Género y políticas públicas, que luego es replicado en dos ciudades más: Cuenca y Guayaquil. Lo mismo sucede con la Universidad de Cuenca y la Universidad Central del Ecuador; entidades que emprenden programas aún más especializados; la primera ofreció una maestría en Género y

*Gioconda Herrera*

<sup>34</sup> En esto hay centros emblemáticos en el país como el Ceplaes o el Cepam.

desarrollo local y la segunda un programa en Género y medio ambiente. Esto difiere de lo ocurrido en el caso colombiano que, según Meertens (1998), empezó trabajando temas alrededor de las relaciones de género y la familia, o el caso peruano, en el que las identidades de género fueron un aspecto central de sus investigaciones (Henríquez, 1996; Barrig y Henríquez, 1995). Éstos fueron temas abordados en el caso ecuatoriano desde los espacios de las ONG feministas. Nuevamente vale la pena señalar que estos programas surgen antes de la ola de institucionalización del género en las políticas públicas.

Los programas se dirigen en primer lugar a funcionarios/as estatales, cada vez más de nivel local –no sólo nacional– y a integrantes de ONG vinculadas al diseño de políticas públicas y a las organizaciones de mujeres. Sólo en segunda instancia se pretende formar investigadores. Esta orientación netamente *profesionalizante* de la formación de género respondía a un diagnóstico más bien negativo de la experiencia, ya larga para ese entonces, de la capacitación en género. En ese sentido, los programas surgen para brindar principalmente mayor rigurosidad a una formación que antes nacía de la práctica o de la acumulación de experiencias de capacitación. Responden entonces a una demanda de especialistas por parte del Estado y del mundo del desarrollo, siendo parte de las estrategias de inserción del género en las políticas públicas, con la formación de recursos técnicos y de los procesos de institucionalización del género en las organizaciones<sup>35</sup>.

Estos programas eran producto del agotamiento de un modelo de capacitación centrado en los cursos y talleres breves, muy en boga durante la década del ochenta y la primera parte de los años noventa en toda América Latina, que dieron lugar a todo un grupo de especialistas y a una maquinaria de género como la definida por Sonia Álvarez (1999) en toda América Latina. Uno de los aspectos que se remarcaba era que estas capacitaciones llegaban muchas veces al nivel de una sensibilización en el tema de las desigualdades de género, pero que resultaban insuficientes y algunas veces hasta contraproducentes para la formación de una masa crítica feminista. Además tenían muy poca legitimidad en el ámbito académico.

<sup>35</sup> En ese sentido responde también a lo que fue el *mainstreaming* como propuesta institucional fuertemente difundida por las agencias de desarrollo en la década del noventa y especialmente por el Banco Mundial.

En definitiva, los programas de género en las universidades fueron vistos, por las instituciones que los auspiciaron, como una prolongación de sus mecanismos de capacitación o sensibilización en género y de creación de recursos técnicos mejor formados, más que como espacios de discusión, debate y producción de conocimiento feminista. Los organismos auspiciantes estaban más bien lejos de los desafíos que desde la academia, algo ilusoriamente, se intentaban plantear. En ese sentido, la marca de nacimiento de estos programas estaba lejos de ser, como en los viejos tiempos, un brazo académico de un movimiento político feminista. El movimiento mismo no tuvo en los inicios una posición muy proactiva frente a la creación de estos espacios, sino más bien expectante, que se ha ido modificando progresivamente a medida que se han realizado actividades conjuntas, dando cabida a *todas* las vertientes del movimiento<sup>36</sup>.

Otro aspecto importante de señalar, y que es recurrente en la experiencia de los programas de género en América Latina, es la dependencia frente al financiamiento externo. Todos los programas de género en Ecuador empezaron con financiaciones de agencias de desarrollo<sup>37</sup>. Esto ha sido superado en el caso del programa de Flacso-Ecuador, que se mantiene desde su tercera promoción sin apoyo externo, realidad muy diferente a la encontrada en los casos de Brasil o México, en donde los programas se insertan en las estructuras universitarias y no dependen de apoyos externos.

Por otra parte, esta peculiaridad del contexto también se presenta al mirar la evolución del perfil de estudiantes que ingresa en los programas. Una constante es que las primeras promociones de estudiantes están compuestas por mujeres con experiencia de trabajo en género, ya sea desde el desarrollo o la militancia. Para este grupo, los estudios de

<sup>36</sup> En realidad, ninguno de los tres programas de género empezó a cargo de mujeres militantes del movimiento de mujeres de los ochenta. En parte, porque las feministas ecuatorianas no estaban en las universidades sino más bien en las ONG, en las agencias de desarrollo o como consultoras *free-lance* de proyectos de desarrollo. Los programas en ese sentido tuvieron que “ganarse” la confianza de las mujeres militantes.

<sup>37</sup> El Programa de Género de Flacso empezó con el apoyo de un programa de capacitación del Conamu auspiciado por el BID; el programa de la Universidad de Cuenca se financió con el apoyo de la Embajada de Holanda y del Servicio Alemán de Cooperación, del Cosude y con apoyos puntuales de Unifem; el programa de la Universidad Central del Ecuador es ejecutado por una ONG auspiciada por la Embajada Real de los Países Bajos.

posgrado son vistos como espacios propicios para sistematizar su experiencia, más que como espacios de formación. Este impulso muchas veces también se constituye en una especie de giro vital de la acción y el trabajo directo con mujeres, para volver a la reflexión y la renovación de las herramientas críticas de trabajo. En ese sentido, la experiencia del Programa de Flacso ha sido muy enriquecedora y ha permitido progresivamente volcar las iniciativas de investigación de las maestrandas a la reflexión sobre su propio proceso y trayectoria.

En una segunda etapa aparecen grupos más ligados a la investigación, y también más diversos en su composición. De alguna manera se corresponde al proceso de diversificación del propio movimiento de mujeres. Esta generación tiende a ser más joven, y no milita necesariamente en el movimiento de mujeres. Por un lado, tiene aspiraciones profesionales relacionadas con el mundo del desarrollo y, por otro, son jóvenes que identifican los estudios de género como una fuente de renovación dentro de la investigación social. De acuerdo con lo sucedido, la nueva ola de estudiantes está demandando modificaciones y retos muy interesantes a los programas, que desdibujan su partida de nacimiento y alimentan nuevos debates. Esto ha significado también una reflexión sobre la necesidad de interactuar más intensamente con otros programas o disciplinas, con el fin de alcanzar mayor diálogo e influencia, que permita romper con esa sensación de excepcionalidad que marca muchas veces a los programas y a repensar el *cuarto propio*<sup>38</sup>.

## LOS NUEVOS DILEMAS A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA

### **El dilema entre una formación profesionalizante y una formación para la investigación y la docencia**

Actualmente muchos de los programas se enfrentan a este doble perfil. Surgen inquietudes sobre cómo se puede suplir una demanda de carácter más bien inmediatista (los especialistas de género para el Estado o las ONG de desarrollo) conjuntamente con un programa que se piense con más largo aliento como fuente de reflexión sobre lo caminado, y de producción de conocimiento crítico para el feminismo y las ciencias sociales

<sup>38</sup> Esta percepción ha sido mencionada repetidas veces en las evaluaciones hechas por las estudiantes, quienes se sienten señaladas por el resto de la comunidad de estudiantes, no siempre peyorativamente pero sí como “especiales” o “diferentes”.

en general. Por un lado, una orientación más aplicada de los conocimientos constituye una fuente de información muy importante para los programas que retroalimenta sus potencialidades de investigación, y significa una experiencia de trabajo para las estudiantes. Por otro lado, el desarrollo de reflexiones de más largo aliento se puede dar luego de cierta consolidación institucional que sólo puede surgir con la experiencia. El dilema entonces no necesariamente es excluyente; el punto es encontrar cómo manejar esta complementariedad. Esto a su vez implica una tensión entre sensibilización/profesionalización y producción de conocimientos. En determinados momentos, la falta de rigurosidad de ciertos programas borra las fronteras entre la sensibilización y la adquisición de herramientas analíticas que permitan un análisis crítico de las relaciones de género.

Lo anterior también repercute en las dificultades para la articulación de los programas de género con otros programas de los posgrados. Se constata que existe cierta resistencia de las carreras que se conciben como portadoras de disciplinas clásicas, mientras hay mayor fluidez para la inserción de temas de género en posgrados que se plantean ser interdisciplinarios. Esto se repite en términos de procesos de transversalización del género; por ejemplo, es más factible insertar un curso de género en un posgrado sobre estudios socioambientales, de políticas públicas o de estudios culturales, que en una formación en ciencias políticas o en economía. Habría que profundizar más en por qué se da esta resistencia, y trabajar profundamente en la transversalidad y la fusión dentro de las disciplinas clásicas.

### **El dilema de la autonomía de los espacios frente a las agencias de cooperación, el Estado y las ONG**

La dependencia externa de fondos de muchos de los programas acarrea ciertas tensiones respecto a los objetivos que persigue cada una de las partes involucradas. Las agencias de cooperación tienden a buscar por sobre todo la profesionalización, las ONG suelen combinar objetivos políticos con la profesionalización o encontrar en las universidades un espacio de incidencia mucho más amplio que aquel que tienen en el radio de acción que ofrecen las organizaciones de mujeres<sup>39</sup>. Las univer-

<sup>39</sup> Las tensiones alrededor de la relación ONG-Universidad se parecen mucho a los nudos que encuentran las ONG cuando empiezan a articularse al Estado en la

sidades, en cambio, aspiran a la formación de docentes o investigadoras, aunque esto último se concrete sólo de manera muy parcial; además, las agencias de cooperación y las ONG, por su propia lógica de acción, no siempre están conectadas con necesidades de reflexión más sistemáticas y esperan resultados de corto plazo<sup>40</sup>. Frente a esta situación, lo que se percibe es una suerte de división del trabajo entre posgrado y trabajo de extensión, cursos presenciales y cursos a distancia en distintas modalidades<sup>41</sup>. En todo caso, lo que se puede establecer como constante por ser debatida es que la autonomía frente a los fondos externos es una condición obviamente de institucionalización, pero también de mayor capacidad de negociación en las agendas de investigación. Hay que señalar, sin embargo, que las experiencias de extensión o de consultoría pueden significar fuentes de información y de aprendizaje para la investigación muy provechosas en los programas, cuando existe precisamente capacidad de decisión sobre los productos acordados.

### **Las ausencias y los deseos: ¿Dónde situamos entonces la investigación y la producción de conocimiento crítico?**

A pesar de los deseos y de los desafíos planteados al inicio de los programas, existe todavía una débil capacidad investigativa. La docencia y la extensión ocupan un lugar central tanto en la estructura de los programas como en su presupuesto, y esto en sí mismo ya debilita las posibilidades de investigación. De otra parte, tampoco se han desarrollado formas de autofinanciar las investigaciones de las propias estudiantes. Si bien éste es un problema del campo de las ciencias sociales en general, en el contexto particular de los estudios de género es aún más preocupante, porque tardamos mucho en tener resultados concretos: tesis

---

formulación o ejecución de políticas públicas, proceso que ha tomado fuerza en los últimos años.

<sup>40</sup> El aspecto de la escasez de financiamiento o de los problemas de autonomía en cuanto a las agendas de investigación ha sido señalado ampliamente para otros casos de América Latina (Valdés, 2004).

<sup>41</sup> A este respecto, vale la pena señalar que se ha multiplicado también la oferta de programas virtuales y a distancia que son producidos fuera de la región. Este es el caso del Prigepp de Flacso-Argentina, del Programa a distancia de Género y Desarrollo de la Universidad de Chile, de los esfuerzos de la Cooperación Alemana por montar programas parecidos en Ecuador y Bolivia, entre otros. Flacso-Ecuador también ha empezado a incursionar en la educación virtual. Los cursos de género ofrecidos han sido muy exitosos.

concluidas, libros publicados, contribuciones a revistas especializadas, entre otros.

En segundo lugar, es también muy débil y casi inexistente el intercambio con otros programas de América Latina; es decir, no circulan ni los docentes, ni las estudiantes y, muy débilmente, las publicaciones. Los procesos de intercambio entre programas permitirían un enriquecimiento en términos de currículos académicos, capacidad de emprender investigaciones comparativas, e incluso, sustentabilidad. Estas posibilidades no han sido suficientemente exploradas; y en tercer lugar, aunque matizado, existe también un débil traspaso generacional de las actividades de docencia y de investigación.

Por otra parte, el camino recorrido demuestra que una de las formas de seguir avanzando es buscando puentes cada vez más sólidos desde la investigación y la docencia con otras disciplinas de las ciencias sociales, y sobre todo, en la formulación de las problemáticas y las preguntas de investigación. La idea es pasar del *cuarto propio*, necesario, saludable y acogedor, a la fusión con otros campos. Me refiero a que el género como categoría analítica forme parte de las preguntas formuladas desde otras disciplinas sobre nuestra realidad, que nos informe sobre nuevas perspectivas de la organización de nuestras sociedades, y nos ayude a interpretar problemas que no necesariamente tengan una relación directa con la vida de hombres y de mujeres. Estas consideraciones alcanzarán a potenciarse únicamente si el género conserva la dimensión crítico-cultural que la originó, si se reconocen y se nutren del campo teórico feminista y, al mismo tiempo, si las investigaciones desarrolladas contribuyen a alimentar la definición de ese campo teórico desde nuestras propias sociedades y culturas. El conservar celosamente el origen –el feminismo– es lo que puede permitir una fusión efectiva que no se desdibuje en el intento.

En definitiva, tanto las tensiones como las ausencias nos muestran la necesidad de un análisis más sistemático del camino recorrido. Así como en las décadas pasadas había una urgencia política de visibilización, me parece que ahora hay una urgencia política de autorreflexión sobre varios procesos sociales que nos empiezan a sobrepasar: el curso actual de los movimientos de mujeres, del propio movimiento feminista en América Latina, la inserción del género en el Estado, la creciente desigualdad global, la fragilidad de nuestras democracias y la violencia

social, son sólo algunos temas en la agenda frente a los cuales debemos pronunciarnos con estudios sistemáticos. Los programas de género en las universidades pueden ser fuentes que alimenten estos procesos de reflexión, y de esta manera poner a prueba su propia capacidad reflexiva y autocrítica.